



Constancio C. Vigil

LA SUERTE

Había una niña llamada Susanita, que era discreta y obediente, pero sucedió que un día oyó decir:

—¡Qué suerte tiene ese hombre! ¡Todo le sale bien!

Otro día:

—Fulanita tiene suerte. Es la primera alumna de la escuela.

En otra ocasión declaró alguien en su presencia:

—Es una señora de mucha suerte: todos sus hijos son trabajadores y bien educados.

Y concluyó Susanita por decir:

—¡Qué suerte tiene la cocinera! Cuanto prepara le sale admirablemente. Todos rieron y festejaron la ocurrencia. Susanita creyó que había hallado una explicación muy ingeniosa y no perdió oportunidad para lucirse con ella.

—¡Qué suerte la de Lucía! —exclamó poco después—. Ha obtenido la mejor calificación en geografía.

Otro día dijo:

—Mercedes es una chica de mucha suerte. Ella solita vistió a su muñeca y ha quedado tan linda que llama la atención.

Así seguía Susanita explicando los resultados del esfuerzo ajeno.

La mamá, sorprendida y disgustada de tan curiosa manera de juzgar los triunfos de los demás, la llamó, la hizo sentar a su lado y le habló así:

—No sé si tú conoces a don Roberto, el de los helechos.

—Sí, mamá. ¿No recuerdas que fuimos allá un domingo?

—Es verdad —continuó diciendo la señora—. Pues ese viejecito ha conseguido que los helechos vivan perfectamente todo el año y que se desarrollen con magnífica lozanía. Según me ha dicho, posee centenares de variedades, y debe ser así porque nunca se termina de admirarlos. Los helechos son las plantas de adorno más apreciadas por sus formas y la frescura y el colorido de sus hojas. Necesitan terreno húmedo y aire tibio... ¿Sabías todo eso?

—No... no lo sabía —contestó Susanita bostezando, temerosa de que la mamá siguiese hablándole de los helechos.

—Pues oye, hijita —prosiguió la señora. —Como eres una niña de mucha suerte, don Roberto ha resuelto entregarte sus helechos para que tú los cuides.

—¿Qué dices, mamá... ? ¿A mí?...

—Ya te arreglarás para que no se sequen ni pierdan su belleza.

—Eso es una locura... Yo no sé lo que sabe don Roberto.

—¡Bah... ! Lo que hay es que él tiene suerte.

—No, mamá, es preciso saber cuidarlos.

—¿Y cómo supones tú que don Roberto lo ha conseguido?

—Habrà estudiado, se habrá dedicado a eso.

—Sí, hijita; hace muchos años antes de que tú nacieras, ya don Roberto se ocupaba de sus helechos. Adquirió en el país todas las variedades que encontró; encargó otras al extranjero; hizo pacientes ensayos para perfeccionarse en su cultivo; estudió libros, construyó invernáculos... Por fin, al cabo de tantos esfuerzos, ha conseguido el resultado que conoces.

—Bueno, mamá, pero ¿qué tengo que ver yo con don Roberto y sus helechos?

—Más de lo que imaginas. Según tú, cuanto él ha conseguido es obra de la suerte.

—¡Yo nunca he dicho eso!

—Lo has dicho, si, hija mía; lo dices siempre, puesto que para ti los triunfos son obra de la suerte. Grave injusticia cometes. Niegas el mérito de quienes luchan y se sacrifican para llegar adónde se proponen.

—¡No lo haré más, mamá! —prometió Susanita emocionada—. Con tu explicación he comprendido la necedad de mis juicios. Ahora sabré apreciar, te lo aseguro, los méritos ajenos.

Al terminar este cuento, agregaba el anciano:

—Así me enseñó mi padre a valorar el esfuerzo de los demás. Así, también, confiar en el trabajo y en la perseverancia, y no en la suerte.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

